

# La Hoja Casbantina

Enseñar á los labriegos el modo de alcanzar mayor bienestar y desahogo...  
constituye uno de nuestros principales deberes.—(MALCNCTI).

Año VIII

Casbas 3 de Abril de 1915

Núm. 125

## EL HAMBRE

Días y días ha nos preocupa este problema grande para todos y no pequeño para los socios de este Sindicato.

En las actuales circunstancias ninguna solución rápida podemos darle, pero abre nuestros ojos para que veamos las necesidades fáciles de remediar en el porvenir, poniendo en práctica nuestro Pósito.

Podría aliviarse en mucho haciendo las compras en común, á cuyo objeto no estaría de más el que todos los socios calcularan cuánto han de necesitar, para no ir de casa en casa con la talega bajo el brazo y no encontrar, ni con dinero, quien le mida dos fanegas de trigo, á no ser á un precio fabuloso.

No es amargo, ni con dinero en mano y á precios corrientes, no haber en la localidad quien quiera vender al contado?

Qué sería si lo hubieran de *fiar* hasta la cosecha y con riesgo de que ésta sea mala?

En verdad que el corazón de muchos hombres debe ser de peña y su avaricia sin medida, porque aun no se conforman con los precios de hoy: aún piden más, aún esperan más.

No: en los momentos de carestía los ricos tienen un deber sagrado que cumplir, y no se cumple ese deber cerrando la puerta, y el que no tenga que se lo mire si lo encuentra.

¡Valiente caridad es ésta! Haciendo todos lo mismo muchos morirían de hambre, porque el dinero no es para nutrir, sino medio con que en las transacciones nos entendemos unos y otros, á fin de satisfacer el precio de la conmutación.

Por encima de la ley de subsistencias está la ley de la caridad cristiana, el amor mútuo que entre todos debe reinar y no el egoísmo brutal que ha escalado el trono de esa virtud sublime.

Poned la mano sobre vuestro corazón: imaginad que tenéis tres, cuatro ó cinco hijos, unos padres ancianos y que todos á coro piden pan, no encuentran vosotros quien os lo quiera vender. ¿Qué diríais entonces? ¿Qué haríais?

El pan es un elemento aquí poco menos que insustituible, y una casa sin pan está como de luto riguroso; allí no hay más que dolor y tristeza.

Pensad en el pobre cuando os sentáis á la mesa; ayudadle por todos los medios posibles, vendiéndole sin usura, prestándole con amor, dándole á medida de vuestras fuerzas y más allá; porque dando ninguno se ha vuelto pobre, y sobre todo dadle trabajo para cubrir en parte su miseria.

En estos momentos medita qué es lo que necesitáis trabajar en vuestras casas, en vuestros campos ó donde sea, aunque no sea urgente la reparación ó la mejora á introducir. Si no es urgente para vosotros, lo es para ellos, y en cierto modo tienen derecho á comer trabajando, que no es ninguna gollería; tienen derecho á no morirse de hambre, y cuando esos derechos no se atienden por quien debe, viene

la explosión del hambre que arrolla todo derecho y ahoga al egoísmo brutal con la fuerza brutal de la miseria.

Todos podemos hacer mucho para salvar esta crisis espantosa por que atraviesa el obrero; hagámoslo sin demora que él nos los agradecerá y si no él Dios por cuyo amor lo ejecutamos. Así cumplimos nuestro humanitario lema: unos por otros y Dios por todos.

J. A.

NOTA. Escrito el presente artículo, se retiró para dar espacio á la narración de los grandiosos actos realizados en Graus, en honor del Sr. Avellanas, ocupando sólo el homenaje todo el número anterior; mas como quiera que el hambre subsiste á pesar de las medidas adoptadas por el Gobierno, lo publicamos hoy, porque muchos no se han parado á meditar sus deberes sociales que parece han olvidado.

## Mitin agrario en Graus

Era el 28 de Febrero el señalado para dicho acto y su hora las tres de la tarde.

Comimos lo más deprisa posible en la fonda; terminada, saliendo todos unidos fuimos á la casa social del Sindicato. De pie tomamos una taza de café, y las banderas se bajaron del balcón principal, poniéndose la manifestación en marcha al compás de la música y en la forma ya manifestada en LA HOJA anterior. Las avenidas del teatro estaban llenas.

Los Sres. Gambón, Otto, Naval y Avellanas presiden el acto.

Suena la campanilla y se concede la palabra á un labrador, D. Francisco Trillo, vecino de Torres del Obispo, que con fácil palabra explana su discurso, que trata de todo, en especial de los beneficios que ha producido en la comarca el Sindicato de Ribagorza. Habla de cuando fué incendiado el almacén de abonos, y hubo que oírle cómo arengaba á los labradores á no retroceder ni por nada ni por nadie. Fué muy aplaudido.

El Sr. Naval le sucede, leyendo un trabajo del excelentísimo Sr. D. Tomás Costa. El principio del discurso trata del Sr. Avellanas; demuestra la labor incansante de este capellán, y habla de otros, Solano, Salamero, Baldellou (Mosén Acequias), el ingeniero hidráulico de Ribagorza. Dice que el párroco de Casbas representa, simboliza y es una supervivencia de la característica de Aragón. Nos hizo reír una frase del Sr. Costa cuando afirmó es el Sr. Avellanas un tozudo para realizar el bien. Es—dice—la representación de la perseverancia; es un maestro de la cooperación; es un...

Habla después del tesón que ha necesitado para resistir la guerra injusta y cruel y los procedimientos en acción por un caciquismo vil para impedir su labor. ¡Inútil de todo en todo! Ante ese ejemplo vivo se declara partidario de la unión y ansía el triun-

fo de los labradores, unidos en Sindicatos y Cooperativas; cita multitud de autoridades que hacen de su discurso un arsenal y termina cerrando el círculo con un período brillantísimo, diciendo que la envidia es la llama que ilumina lo que quiere destruir. Es calurosamente aplaudido.

Le sucede en el uso de la palabra el Sr. Otto. Con la dulzura en él característica empieza su trabajo; cita aquella frase de Pignatelli: «la envidia y la desunión tienen perdido á Aragón». Son famosas, por lo bien aplicadas, las frases del marqués de Santillana:

La mayor cuita que haber  
puede ningún amador,  
es membrarse del donor,  
en el tiempo del placer.

Habla del párroco de Casbas como modelo en la resistencia contra el individualismo, del cual nada podemos esperar; se declara partidario de la cooperación, del sindicalismo y de la confesionalidad de los Sindicatos para dar la batalla al pauperismo y al caciquismo, la lepra de España, y en especial de esta provincia. Habla de la federación necesaria de las obras sociales, hasta tener representantes propios á quienes se les pueda lanzar fuera si no cumplen sus deberes, y termina con un párrafo á Costa que levanta una tempestad de entusiasmo delirante en todos los ámbitos del teatro.

D. Mariano Naval avanza sobre el tablado, y desde las primeras palabras se enciende más y más el entusiasmo por los valientes períodos en que habla del gran polígrafo D. Joaquín Costa. Después de Graus describe sus bellezas con bellezas oratorias que subyugan y demuestran su dominio del lenguaje, la vida que sabe comunicar á sus ideas. Sienta que es inútil esperar flores en la labor social, sino punzantes espinas. Ejemplos: el Sr. Avellanas. No por eso hay que desmayar, sino ir siempre adelante, con tesón inquebrantable. Esboza cómo el carácter español no sabe ponerse decididamente al lado de los hombres de labor fecunda, si de ellos no hay nada que temer ó poco que esperar para el medro personal, por más que sean grandes hombres. Por eso los más se asquean de ese abandono en medio de los titánicos esfuerzos que por el bien de todos ejecutan, y se retiran á la vida privada. Cita los casos de Costa y de otro tan grande como Costa, cuya efigie se transparenta al través de los períodos, dejando la persuasión de que se refiere á su discípulo don Antonio Maura.

La vehemencia con que pronuncia, á pesar de humedecer sus fauces algunas veces, le imposibilita para continuar; expresa que aún tiene mucho que decir, pero no pudiendo por la fatiga continuar, termina lanzando con toda la fuerza de sus pulmones un viva á Costa, á Graus, al párroco de Casbas y al Sindicato de Ribagorza, que son respondidos al compás de un crescendo violentísimo.

El Sr. Gambón concede la palabra al último de los oradores, el cual estaba marcado para ser el primero, pero la mesa acordó se invirtieran los términos; el público quizá supuso había renunciado á pronunciar otro discurso el señor cura de Casbas; por eso decir el Sr. Gambón tiene la palabra el Sr. Avellanas y sonar en todo el teatro un estrepitoso aplauso fué tan unido como el relámpago y el trueno.

Comprendió el Sr. Avellanas lo difícil que era caldear más aquellos ánimos, porque la tensión en que todos se encontraban, había adquirido una altura difícil de superar, aun poniendo en juego la más enérgica forma en el decir. No se arredró á pesar de todo, y pronto pudo verse que el teatro se iba á venir abajo de continuar en la misma textura.

Sus primeros períodos citando á Roger de Lauria y á Bernardo de Rocafort y cómo tiembla ya la Constantinopla de estos valles, levantan una polva-

reda á cada inciso. Despide como Gedeón á los cobardes y dice que si los valientes capitanes de hoy sucumben ó retrocedieran por miedo, ni así es lícito detenerse: con el puñado que le quiera seguir él irá al asalto, y si todos le dejan, él ha jurado empuñar la bandera de Ribagorza y morir abrazado á ella para ignominia de los cobardes. (Ovación que dura largo rato.)

Prueba con multitud de argumentos que la victoria de los sindicalistas es segura, por ser necesaria en el orden social la actuación de sus ideas. La malicia de los de arriba y la ignorancia de los de abajo, á quienes da mandobles que causan sensación y gran entusiasmo, no podrán detener su avance avasallador. La provincia, esta provincia del apocamiento social, está conmovida merced á la labor sindicalista, y eso que son muchos hombres los que no sólo llevan faldas, sino un artefacto de Holanda, propio de los niños recién calzados. El público entiende la comparación y se tira de risa en sus asientos.

Defiende el derecho del amo con bizarria contra los amigos del reparto social; pero defiende con no menos brío el derecho á la huelga, porque muchos jornaleros no pueden ni comer pan por la tiranía de sus amos.

Termina con unos períodos que sobrecogen al auditorio, pues no ve dónde va, con radicalismos más profundos que los de Marx, Masalle y el mismo Ferrer. Para él—dice—la revolución es poco, es lenta, es otra vez la desigualdad social; él es partidario y aconseja otro medio eficaz para nivelarlo todo: el incendio.

El público no se explica ese lenguaje expuesto con tanta viveza por un sacerdote, como si fuera el mayor de los demagogos: está perplejo; no sabe si aplaudir ó protestar, porque aquello es inconcebible. Cita unas palabras del Evangelio y todos comprenden ya que habla del incendio de la caridad cristiana. Pregona la necesidad del amor á los más furibundos enemigos y que les debemos amar hasta morir por ellos si necesario fuera.

Una ovación estruendosa pone fin á sus últimas palabras.

El Sr. Gambón, con elegancia y donosura, hace el resumen rápido de los discursos, da las gracias á todos y nos cita para las seis en el mismo local (eran ya más de las cinco), á fin de oír el gran concierto que el Orfeón daba en obsequio á los forasteros y del que nos ocuparemos en el próximo número. Las banderas, música y público marchan á la casa social en medio de la gritería que tanto gentío producía en las calles á la hora de la salida.

El éxito fué completo.

X.

## Otro hecho histórico

Ha pocos días nos refirió un amigo la discusión armada en un pueblo inmediato, una de estas frías tardes de invierno, estando sentados al fogón que calienta la caldera en los molinos olearios.

Se hablaba del precio de los aceites; como habían subido de siete duros y medio á diez por quintal, contra la voz común propalada en la comarca de que el aceite iría barato, cuando á uno del corro se le ocurrió decir:

—Si hubieran leído LA HOJA CASBANTINA, se habrían enterado era todo eso una treta de los acaparadores.

—¡Hola!—contesta el que estaba más cerca del fogón—; ya la tenemos: pa éste LA HOJA del cura es el *Avangelo* y se la traga toda entera como un *cir-güello*.

—Ya sé yo mejor que tú que LA HOJA no es ningún Evangelio de San Lucas; pero también se dicen cosas muy buenas y muy acertadas.

—Por casualidad, ¿qué se sabe él si ha de subir ó bajar el aceite? Escribe lo que le *payece*, y si pega, pega, y si no, emplasto.

—Tiene más motivos que tú y que yo para saberlo: lee muchas revistas y no es tan romo como tú piensas.

—¡Qué palabricas!, romo; estos *letrudos* hablan las cosas *pa* que no las entendamos. Has *queriu icir* tonto ó cosa *pol* estilo?

—Eso, hombre, eso; que no es tonto como yo y como tú, por ejemplo.

—Bien *pué* pasar lo del ejemplo por *yo* y lo que á *yo* me toca, pero tú con tanta *hoja* luego tendrás unas ancas más gordas que un cordero á pesebre: *pa* éstos, todo lo que *ice* LA HOJA CASBANTINA, artículo de fe.

—Ya te he dicho que LA HOJA no trata de religión: habla de cuestiones agrarias, y con acierto.

—Lo que hace el cura es ponerlos con esa HOJA la cabeza como un bombo: el año *pasau* les hizo gastar unas cuantas pesetas en Huesca *pa* que les pesasen la tierra donde habían de plantar americana, y tan contentos estos tontos.

—Sí somos tontos ó no, en su día se verá; para mí que los tontos son los que todo lo sabéis sin haber estudiado una palabra.

—¡Qué majo! Mi padre no sabía ni una letra, mi *agüelo* no conocía ni la *cu*, como yo, y á ver si nos ganas tú á tener mejores viñas. *Pa* plantar no se necesita saber letras, sino buen pico, y *alante*: no tener de punta el *esquinazo* como algunos.

—Ya te veo: eso lo dirás por mí, que no trabajo como tú día y noche, y á pesar de todo, este año no tienes ni vino en tu casa como yo para echar un poncho.

—Porque se han muerto; pero ya veremos luego quién llega á tener más.

—Tú que tienes más tierras, pero en igual extensión yo, porque he puesto la planta que analizada la tierra le correspondía.

—Pero ¿cuándo se ha visto eso de quemar la tierra á no ser *pa* *formigueros*?

—Estás en un error: la tierra no se quema; se analiza para saber cuánta cal contiene y según ella poner la clase que le corresponde.

—¡Otra más! ¡la cal! ¿Pero es que antes no tenía cal la tierra y ahora sí? ¿De dónde ha venido esa cal, de Egipto como el trigo?; porque de portes va á ser cara. Estos del Sindicato van á contar hasta los pelos de la luna.

—Tú siempre estás de guasa; las cepas que antes teníamos eran del país; las que ahora plantamos son americanas, y no es igual.

—¿Por qué no? ¿no son cepas como antes? ¿pues por qué no se han de poner como antes en todos los terrenos?

—¿Pero tú antes ponías parreleta en todos los puestos, ó alcañón, ó garnacha, ó vitadillo, á ojo de cubero?

—Claro que no: unas marchan bien en los altos, otras *pa* los valles, otras *pa* las laderas, otras en los burales y otras *pa* los sásos; ¡qué agudeza!

—¡Acabemos! Antes tú mirabas lo que habías de plantar, y ahora quieres ir con los ojos vendados y que te salga á pedir de boca?

—Algo de razón tienes; ¿pero quién las conoce?

—El ingeniero.

—Sí: un hombre que en su vida habrá hecho otra cosa que estudiar y escribir encima de una mesa.

—Lástima como no has dicho debajo; no lo creas; los ingenieros están al frente de los viveros y los examinan y conocen por los pámpanos y los nudos y por otras señales las clases de cepa que recomiendan.

—Mira si las conocen, que á uno de Chimillas se le murió una viña á los dos años de plantada.

—Porque no pondría la clase que le correspondía.

—Pues era muy amigo del ingeniero.

—¿Pero el ingeniero vió la clase?

—No lo sé; lo que sí he oído que con una hoja que él le dió mandó á Cataluña por las cepas y se le han muerto todas.

—¡Claro! no le dieron lo que él pedía: le engañaron.

—¿Y á vosotros no os engañarán?

—No lo creo: nuestra planta la vió el ingeniero y dijo era la que la tierra pedía; él no tiene ningún interés en engañarnos; por el contrario, era nuestro defensor y yo creo en su talento y en su formalidad. Dijo Aramón Rupestris núm. 9, y tengo seguridad era eso.

—Pues eso mismo he puesto yo.

—¿Pero estás seguro que es lo mismo, Aramón?

—¡Como que lo dijo el tinajero de Caspe!

—¡Qué gracia! ¿De modo que tú tienes más fe en un tinajero que en un ingeniero?

—En ninguno de los dos; plantamos á ciegas.

—A ciegas, los ciegos como tú; que si plantas la que tú dices, para ratos comes uvas.

—¿Por qué? Lo mismo que tú. ¿Es que la viña de las Pozas no es mejor tierra que el secarral de Peñaloba, donde tú plantas?

—Por eso mismo: si es Aramón lo que tú dices, se morirá antes de tres años; allí debías haber puesto Lot.

—¿Lot? ¿Qué es eso? ¡Ah! el cura lo nombró el domingo en el sermón: que ese señor tenía mucho *ganau* y se le murió todo en un día; por eso las cosas que vienen de un hombre tan *desgraciau* no pueden ser tan buenas como tú *ices* si son las cepas tuyas.

—No te metas en historias, que disparatas como al hablar de cepas americanas; no es aquel Lot: es Job al que tú te refieres. Lo que yo te digo es que el Aramón en las Pozas se morirá si es Aramón, que no lo sabes.

—Francisco lo sabrá mejor que yo: ¿no dijo el tinajero que era planta de arrañón?

—No, hombre, no; dijo que era planta de Ruperto.

—Está visto; andáis de pies y de cabeza en eso de las vides americanas.

—Dí tú, Francisco: ¿quién es ese Ruperto?

—¡Toma! y qué sé yo: el amo de la planta: como el otro se llama Lot según dices tú.

—Sí, primos hermanos; viven en Caspe y amigos del tinajero que vende por ellos engañando si quiere á los incrédulos.

—¡Toma! ¿por qué nos ha de engañar si es un hombre con patillas hasta la oreja?

—No habéis examinado la tierra, pues era el primer paso; no habéis pedido á un ingeniero que viera la planta; por lo menos debíais haber exigido una factura firmada por el amo donde diga lo que habéis comprado, para que si os engaña le podáis pedir os vuelva el dinero y los perjuicios. Además, ¿estaban sanos los barbados? ¿por qué no habéis pedido el informe del señor ingeniero, sin cuyo requisito no se pueden vender? Si los alcaldes fueran otros no consentirían desatar ni un palo de esas carretas que traen por los pueblos dándolos á dos menos tres, para engañarnos mejor.

—Tienes razón—gritaron todos—; si no nos engañan es porque no quieren; los únicos que vais canto al camino sois los del Sindicato, porque os lleva el cura de la mano, si no andaríais como los demás.

—Pues por qué le habéis de criticar si hace una obra buena: enseñar el camino al que lo ignora y economizarnos tiempo y dinero?

—Chico—dijo el más viejo llamado Ramón—, la

razón te sobra; algo mejor nos iría á todos si quisiéramos seguir los pasos de ese hombre.

— Bien dice usted, Sr. Ramón, los pasos, porque él no es el capitán Araña: él va el primero, trabajado como un burro, en bien de los pueblos.

— Pues los de Casbas bien poco se lo agradecen— dijo Francisco—; más lo queremos aquí que allí.

— No lo creas: los de Casbas quieren mucho á mosén Julián; los que no lo quieren no son de Casbas: son media docena, y si me apuras ni esos. Todos reconocen en su interior su valer, su buena intención y su trabajo incesante por el bien del labrador y por la economía del pobre. Lo que hay es que la envidia por una parte, por otra las mismas economías propuestas y, sobre todo, el ser tan claro, tan inflexible y tan tozudo como le dicen en lo que emprende, los tiene desconcertados.

— Pues ahora scrá— dijo el Sr. Ramón—; dicen que en Graus le preparan una fiesta muy grande para meterle una cruz que le ha mandado el Rey.

— No es pequeña la que lleva con todos nosotros; pero si lo querís saber yo os diré algo de lo que le preparan en Graus.

— No, chico— dijo el Sr. Ramón—; basta de parla, que yo ya tengo gazuza y vamos á ver si Ruperta me tiene preparadas las sopas.

— También á mí— dijo otro— me empieza á picar la molleja, y fueron saliendo poco á poco.

Estirándose Manolo se volvió á Francisco y le dice: Si será la siñá Ruperta pariente de Ruperto el que ha mandau la planta de Caspe?

— ¡Guasón!— contesta el viejo—. Mi mujer puede que sea nieta de Lot, porque ya no tiene ni un diente siquiera; pero así y todo, cuando tú llegues á mis años, veremos si Dios te deja una mujer tan sana como la mía.

— Si las viñas no vuelven luego, nos haremos todos más viejos que Matusalén; con pan y agua no moriremos ni de comida ni de caída. ¡Ni una lifara, ni un trago! ¡Esto es terrible! No hay quien saque la tripa de mal en un año, á no ser pa la fiesta.

— Yo— dijo José— os convido á una lifara de cabrito cuando éste ponga el vino que saque de la viña de las Pozas.

— Muy bien— dijeron todos—, te cogemos la palabra; pero no sería mejor echar una mañana, si sigue nevando?— dijo Antonio— tres libras de abadejo y un ajo arriero.

— Veremos cómo pinta el día— dijo el Sr. Ramón—; dejemos esto que hace mucho frío en este portal y vamos á coger un pasmo.

— Tiene razón— respondieron á una voz—. La noche está cruda. Hasta mañana. Adiós.

— No estudies esta noche, José— le dice andando Antonio—, que hace mal orache; ya nos dirás otro día cómo espunta LA HOJA.

— Sí, veremos quién va mejor, si los letrudos ó los tozudos.—X.

## AVISO

Ha empezado la tempestad anunciada tanto tiempo. Algunos de los que se han reído de los votantes y circulares, no harán lo mismo de las sentencias del Juzgado.

Así lo han querido; la culpa será suya, jamás nuestra, porque el Sindicato tiene necesidad de liquidar cuentas tan atrasadas y de tan poca monta.

Tengan calma, que unos tras otros todos serán medidos con la misma rasera, y á su tiempo el golpe llegará porque es preciso, y además hemos puesto en ello nuestro honor. Hartos de tanto...

## Caja de Ahorros y de Crédito Popular

Año X	Estado y movimiento de la Caja en el mes de Enero de 1915		Balance 5.º
Socios inscritos . . . . .	201	Recibido según balance anterior	52.702'80 pesetas
Operaciones hechas . . . . .	285	Entregado por los de la Caja de Ahorros . . . . .	182'00 >
Capital facilitado á los socios		Id. por los de la Caja de Crédito . . . . .	1.125'00 >
en cinco meses . . . . .	54.670'00 pesetas.	Devuelto en este mes . . . . .	660'00 >
Existencias en Caja en el día		Entregado por los señores co- lectores . . . . .	78'90 >
de hoy . . . . .	78'70 >	<i>Total recibido . . . . .</i>	<i>54.748'70 pesetas</i>

Casbas 1.º de Febrero de 1915.—El Presidente, José Beltrán.—El Tesorero, Mariano López.—El Secretario, Nicolás Berdiel.

### Año X

### Balance 6.º

#### Estado y movimiento de la Caja en el mes de Febrero de 1915

Socios inscritos . . . . .	204	Recibido según balance anterior	54.748'70 pesetas
Operaciones hechas . . . . .	294	Entregado por los de la Caja de Ahorros . . . . .	144'00 >
Capital facilitado á los socios en		Id. por los de la de Crédito . . . . .	1.325'00 >
seis meses . . . . .	56.100'00 pesetas	Devuelto en este mes . . . . .	10'00 >
Existencias en Caja en el día de		Entregado por los señores co- lectores . . . . .	35'75 >
hoy . . . . .	163'45 >	<i>Total recibido . . . . .</i>	<i>56.263'45 pesetas</i>

Casbas 1.º de Marzo de 1915.—El Presidente, José Beltrán.—El Tesorero, Mariano López.—El Secretario, Nicolás Berdiel.